En la sesión de la Sociedad Patriótica literaria de 24 de mayo anterior, el señor Conde de San Donás miembro de ella, pronunció el siguiente discurso, sobre el tercer punto de los propuestos para los premios.

Consolidar la Independencia del Perú, y promover su prosperidad, es el objeto de la importante cuestión política, sobre la necesidad de mantener el orden público para terminar la guerra y perpetuar la paz. Ninguna materia puede ofrecerse más digna de ser tratada por una sociedad filantrópica que desea esclarecer los derechos preciosos de este heroico pueblo; evitar el ardor patriótico que ha desplegado, y manifestarlo las sendas que lo conducen al término de su seguridad y grandeza. Conocerlos con perfección y no separarse de ellas, parece que debe ser el primer estudio nuestro y aún el fruto de nuestros estudios. Sin asegurar el destino del Perú, y mantener el territorio, poco nos interesarían otras especulaciones que derivan su utilidad de aquel supuesto necesario.

La importancia de este asunto, se halla en razón directa de su utilidad: porqué difícilmente puede presentarse otro que exija para su desempeño más extensión de conocimientos, más energía en el discurso, ni más dureza en la elección de medios. El inmoderado deseo de acelerar las operaciones de la guerra, y las mismas dulzuras de la paz, ocasionan a las veces males de la mayor transcendencia, si el orden no reforma las pasiones y moderan los transportes que inspira en las almas sensibles, el anhelo o el gozo de la hermosa libertad. ¿Cuál es pues, en el inmenso campo que ofrecen los acontecimientos inesperados de la guerra, y el sistema constante de la razón, la línea que divide los límites del acierto y del error? ¿Cuál el punto de equilibrio en que se mantiene y opera el cuerpo político con energía y sin precipitación, en medio del impetu casi irresistible de los afectos, y de la seria meditación que exigen las deliberaciones importantes? ¿Qué Edipo será capaz de desafiar estos enigmas? Yo confieso mi incapacidad para tratar dignamente una materia tan escabrosa; y que habría desistido de este empeño, si el placer de trabajar por mi patria aún en los momentos precisos del descanso, no me acentuase a esperar la indulgencia de la sociedad, y el que corrijan mis ideas mas bien que las apruebe.

El orden público en los estados libres, no consiste en una obediencia puramente pasiva y humillada; sino en el interés vivo por la salvación y gloria del país, propio de los ciudadanos que poseen aquella elevación de alma y fuerza de espíritu, que hacen emprender con ardor las acciones mas heroicas, exponerse con serenidad a los riesgos mas inminentes, y sufrir sin repugnancia los mayores sacrificios. Esta es la idea
exacta del orden público, en una sociedad compuesta de verdaderos patriotas que identifican su suerte con la jeneral; que conservan una estrecha relación y perfecta unanimidad entre sí mismos y con el gobierno, y en la que este y aquellos se procuran reciprocamente sus utilidades y ventajas.

Tal armonía de las partes del cuerpo político entre sí mismas, y con el todo; ese auxilio mutuo y enérgico que se franquean en la extensión de su poder, mantiene la existencia de los estados, como los diversos miembros del cuerpo humano dan a este vida con el expedido uso de sus funciones. La naturaleza que en los fenómenos físicos presenta las ideas más exactas de los acontecimientos morales y políticos, manifiesta bien, que la disolución es efecto de la desconformidad de las partes constituyentes.

Nada es en el día tan interesante a los peruanos, como la intimidad union entre sí mismos y con el gobierno del Estado, al tanto que la de este con los demás de los territorios libres. Compro metidas las grandes secciones de América a prestarse reciprocamente sus auxilios, y a ir contra los españoles donde quiera que existan, con la misma celeridad y atracción con que cae el rayo sobre la cadena eléctrica: no encontrarían estos punto alguno en que fijen sus plantas destructoras, y su existencia desaparecerá con la misma prontitud que se miden los instantes en el curso prolongado de los siglos. La América dividida por un imenso mar de las potencias de Europa, es invulnerable a estas, si los gobiernos se estrechan con lazos íntimos e indisolubles, y se esmeran en sostener esa Independencia, a cuya pérdida han jurado no sobrevivir. Si se hubiesen mantenido unidas las florecientes repúblicas de la Grecia, no habrían sido subyugadas por Filipo y sus sucesores.

Mas para conservar la union entre los gobiernos libres, para dar impulso a las empresas jenéralas, es preciso que estos cedan alguna parte de sus derechos; que inflammados de un espíritu público, renuncien con jenerosidad y franqueza a algunas de sus aspiraciones, y que imiten la conducta sobria de trece estados de la América del Norte, que combinaron la libertad parcial con su dependencia jeneral entre ellos mismos. El honorable Evaristo por el Héroe de Boyacá y Carabobo, y el dignísimo Ministro Presidente de esta sociedad, plenamente autorizado por especial poder de este supremo gobierno; están hechando ya las bases sólidas de la felicidad del nuevo mundo, conduciéndose en las negociaciones por los principios de mayor liberalidad, beneficencia y desprendimiento. Preparése los hombres ilustrados para admirar las ventajas inmensas que producirán á la América los exfuerzos del patriotismo animados por la sabiduría, y sostenidos por el desinteres; mientras los filantrópicos negociadores reciben el tributo de bendición y alabanza consagrado por los pueblos, á los jefes inmortales que los aseguran sus destinos.

La union de los gobiernos sería nominal e ilusoria, si los individuos que dependen de ellos no estuviesen inflamados de sus mismos sentimientos, y cooperasen uniformes con la mayor eficacia á ejecutar sus designios. Así que la unanimidad de ideas y operaciones de los peruanos, es hoy más que nunca necesaria para estrechar los lazos de amistad con los estados libres, asegurar la suerte de la tierra de los Inca, y destruir los proyectos de los enemigos. Satisfechos estos de que solo con la discordia de los hijos del país pueden sostenerse en él, como los Fenicios en España, y contra los cartujínes; no perdona arbitrio alguno para enervar el entusiasmo jeneral, que ha sido la roca en que se han estrellado sus esfuerzos opresores, y el principal motivo que los obligó á abandonar para siempre la capital del territorio mas opulento.

Ocasión gran dado á los españoles el desembarco del ejército libertador en las playas de Pisca; perdieron mucha parte de su energía por la gloriosa victoria de Pasco; mas con todo, los orgullosos peninsulares creían invencibles sus tropas numerosas, y estaban resueltos á disputar el triunfo á los que lo obtuvieron en Chacabuco y Maypú. Entretanto la opinión pública se es-
tablece en las provincias del Perú; y reconcentrándose en Lima, aviva el patrio-
tismo y enciende el entusiasmo, en términos que no solo se trabaja den-
tro de esta ciudad para proscribir el dominio ultramarino, sino que sus hi-
jos desprecian la vigilancia de las abanzadas, tienen la heroica intrepidez de
caminarse en crecidas partidas á milita bajo las órdenes del nuevo Wa-
ninghton. Tiemble entonces los tiranos; y se alejen de un pueblo decidido á sa-
cudir el yugo que lo tenía encorbatado, y cuya opinión uniforme se manifiestaba
cada momento con mas resolución.

Creyéndola menos constante, trata-
tan de recuperar la Capital; y des-
pués de una larga marcha, se presentan á su vista decididos á invadirla. El ejér-
cito unido se habría coronado de laure-
tes, si hubiese osado atacarlo el espa-
ño: mas desespera este de su propósi-
to cuando advierte que si por un efec-
to de casualidad alcanzaba ventajas so-
obre aquel, los hijos de Lima estaban preparados á disputarle la entrada, con
la misma firmeza que los ilustres Es-
partanos el paso de las Termopilás á las tropas respetables de Xerxes. Las
huestes opresoras hayen al fin, perdiendo sin combatir una gran parte de su
fuerza, que desampara los estandartes reales; y llenas de oprobio, conocen
que el poder de las bayonetas es muy
inferior al de la opinión; que no pue-
den dominarse un pueblo cuyos habitan-
tes han probado el bien inestimable de la
Independencia; y que el de Lima es
llamado por su disposición y sus virtu-
tudes á brillar ante el mundo culto, ocupando el rango político que jamás
habría conseguido bajo el gobierno de la
España.

O día 7 de setiembre de 1821! 
Dia augusto y para siempre memora-
ble! Con qué sorpresa tan grata apare-
ció en tu curso la hermosa Libertad, 
recibiendo los holocaustos mas puros de los limeños, que ansiosos de glo-
ria y resueltos á defender sus hogares, 
corrieron denodados á empuñar las ar-
mas contra los españoles, y á sacrificarse
gustosos por sostener su Independen-
dencia! Ellos probaron con sus hechos,
que la apatía y la pusilanimidad no
se concilian con su honor característi-
co; y que cuando la PATRIA pelli-
gra, sus hijos ofrecen intrépidos sus pechos para salvarla. El sol que en los
días en que Pirro y Aníbal estuvieron á las puertas de Roma, vio á aquel
pueblo mas que nunca valeroso y or-
denado, fue también testigo de que la
capital que baña el Rímac, observó tan plausible conducta el 7 de setiembre.
¡Oh día! Presentate siempre á mi memoria, y mi corazón embriagado del
placer que te inspira este recuerdo de-
licioso, no apetecerás más dicha sobre
la tierra.

La union y firmeza de los perua-
nos en la infancia de su libertad, ha
producido los ensayos felices que acabamos de indicar. ¿A qué grado de
grandezza y elevación conducirán a este Estado, si se mantiene el orden, y se
exita el entusiasmo? El gabinete de Madrid, renunciará para siempre la es-
peranza lisonjera de volver á poseer nuestros inagotables tesoros; y en este
feraz suelo no volverá jamás á encen-
derse la funesta tea de la guerra.

Ardia por ahora sin intermisión, mientras los españoles no depongán su
barbara arrogancia; y la gloria ó la
muerte sean los términos felices de los
que rompieron una vez la cadena de la
servidumbre. La obstinación de un cor-
to número de monstruos, que arriba-
tados como Domiciano de un ciego fu-
ror, no pueden lograr otro fin en der-
ramar sangre, que bañar con ella la tier-
ra; nos hace necesario sostener la guer-
ra para conseguir la paz, al modo que
un enfermo no puede recuperar la salud
sin pasar por la amarga de la cura-
ción. La justicia de nuestra causa que
se halla perfectamente identificada con
de derecho de conservar la libertad, ha
exitado contra nuestros enemigos la
indignación del cielo; y el Dios de las
batallas ha echado sobre ellos una mi-
rada vengadora. La América será siem-
pre libre, porque la providencia así lo
ha decretado, y porque sus hijos con-
currirán unánimes á pelear reñidos por
la razón, y comprometidos por el vo-
to solemne que han hecho á la faz del
universo, de exterminar á los opresores
de su suelo.
Cuando yo advierto la diferencia tan enorme que hay entre una tropa de ciudadanos, que poseidos del más vivo interés luchan resueltos a arrostrar los peligros, y la muerte donde quiera que se presenten, y un conjunto de soldados mercenarios que pelean sin estímulo, que se mantienen forzados en las filas, y que conocen la depravación de ideas de sus jefes de las cuales son ellos viles instrumentos; no dudo un punto, que la guerra ha de terminar prontamente, y que en las batallas generales se ha de decidir siempre la victoria a nuestro favor. El ardor marcial, precursor del triunfo, es un efecto del convencimiento íntimo de la justicia que acompaña al combatiente; y la persistencia de oponernos sin mérito a la felicidad de sus semejantes, de turbar su tranquilidad, y de privarles sin derecho de su existencia, no produce sino la cobardía, la languidez, y el remordimiento. ¿Ni cómo puede tener valor quien se ve reducido a la triste situación de ejecutar a cada instante los crímenes más horribles hollando los deberes que prescriben la naturaleza y la humanidad, quien está detestado y perseguido por la opinión general que clama por la muerte de los malvados, y finalmente quien en sus desgracias no espera encontrar en cada hombre sino un vengador de los ultras hechos a la virtud, y al heroísmo?

La ventaja que tenemos sobre el enemigo en la fuerza moral de la tropa, la poseemos también en los elementos de la guerra. Aquel no tiene otras provisiones para su subsistencia, que las limitadas que logra con la opresión y odio de los pueblos; mientras nuestro ejército está provisto de cuantas armas, víveres, y vestuario necesitas, por la posesión en que nos hallamos de la fértil costa del Norte, y del puerto más nombrado que fueron los de Sidón y Tiro. El aumento de nuestras tropas es practicable de un día a otro a lo menos, en la mitad de su fuerza actual, con habitantes de la capital, y de las haciendas y pueblos distantes de ella hasta treinta leguas, sin que influya sensiblemente esta falta en la agricultura, la industria, ni el comercio. Pudiera también si fuere necesario duplicarse con exceso, haciendo depósitos de reclutas en los pueblos de la Sierra más seguros de invasión, en los que se disciplinen los Peruanos. Los departamentos de Trujillo y Huaylas por sus mayores poblaciones entre los libres, pueden subministrar la tropa más abundante y bien dispues-ta. Nuestros cuerpos cívicos de las tres armas establecidos en el mayor pie posible de fuerza, y evolucionando diariamente en línea despus de tener instrucción parcial, serían para el ejército unido una división de reserva muy respetable.

¿A dónde debe llegar nuestra constancia sostenida del orden y la union, si consideramos que la fuerza física del ejército real, es inferior a la que tenemos en la actualidad? Su infantería es compuesta en la mayor parte de reclutas forzados: su artillería consta de corto y mal servido número de piezas de pequeño calibre: y si su caballería causa algún respeto a primera vista, se disipa esta ilusión, cuando se advierte que los soldados son en la mayor parte españoles timidos al caballo que jamás dominan; que en muy pocos lugares de la costa, y de la sierra se apoya el terreno para que opere este arma, y finalmente que la experiencia ha demostrado repetidas veces, haber destruido un corto número de americanos montados, grandes partidas enemigas igualmente constituidas.

Este estado comparativo que nos es tan favorable, se hará decisivo y quedará terminada gloriamente la campaña, si los pueblos indefensos vecinos al enemigo unen sus votos a los nuestros, y se esmeran en destruirlo, huyendo como los Partos cuando sean invadidos. Las alturas de los cerros y los escondrijos de los montes, deben servirles de asilos inaccesibles y refugios impenetrables, llevando consigo los víveres necesarios, arrasando antes los campos, convirtiendo en cenizas las habitationes de fácil reedificación, y no dejando recurso alguno para que subsistan los soldados ni caballos del ejército real, en términos de obligar a sus jefes obstinados a que desesperen y muerdan con furor la tierra que han profanado mil veces con sus crueldad.
des inquietudes. Tal conducta de los pueblos observada con constancia, infundirá terror a las tropas españolas; las hará desertar en grandes y multiplicadas partidas, y promoverá los tumultos y discordias, que economizando nuestra sangre, pondrán el último sello a la libertad de América, y la conducirán al termino deseado de la paz.

Ninguna situación hay más feliz que la que ofrece la paz, para un Estado que necesita constituirse de un modo respetable, y en que es preciso trabajar con esmero a fin de poner expeditos los canales obstruidos de la felicidad pública: pero ninguna hay tampoco en que su existencia política esté más expuesta a desaparecer repentinamente y á ser recordada con fastidio y menosprecio. La unanimidad de operaciones, el órden y el consejo, pueden solamente dar la garantía de que subsistirá una sociedad que se regenera por principios contradictorios á los que antes la han conducido, y en la que debe temerse el fermento de las pasiones y los deseos del engrandecimiento individual. El fuego bélico sin pabulo en el tiempo de paz, se extraña ordinariamente ejercitándose en perjuicio de los mismos estados en cuya prosperidad se ha empleado antes con gloria y reputación. La guerra civil, ese mal el mayor de todos, suele ser muchas veces fruto del jénero inquieto en medio del reposo general. La paz del imperio Romano fue mas sangrienta que sus guerras exteriores, porque de ella nacieron las convulsiones internas.

El Perú debe huir de la guerra civil, como del escollo en que está expuesto a estrellarse en todo tiempo. Ningun sacrificio es grande para evitar ese mal; y toda paz entre los ciudadanos, es prefiere á los falsos bienes que ofrece la discordia. El orden solo puede prevenirla, y una sabia y enérgica legislación asegurar la tranquilidad pública. Diputados de las provincias del Perú que van á trabajar en la gran obra de su existencia política, y de su engrandecimiento; todo convida a la felicidad moral, civil, y física de los habitantes de este territorio. Establecida un código que acomodado á las aptitudes y necesidades del país, sea tan adecuado para recluir á los peruanos, como las leyes de Solon á los Atenienses: código dictado por la filosofía y la religión, en que las leyes según la sentencia de Ciceron sean superiores á los funcionarios públicos, presentándose cada una como un majistrado mudo é incorruptible, ante el cual todo se avasalle en obsequio del bien general, y de la misma libertad que no puede subsistir sin la obediencia á las autoridades. Que las costumbres públicas, emanen de la fuente de la moral: que se eleven las almas á la dignidad de libres, y sientan esta exéргcia que aun no conocen en toda su extensión; sin que apetescan una quimérica igualdad en las diversas condiciones del hombre, igualdad que jamas ha existido ni podido existir en la naturaleza ni en la política, sino aquella igualdad ante la ley que abre la puerta á los honores y premios de la PATRIA á todo ciudadano benemérito. Que el gobierno en fin, respete inviolablemente la propiedad, seguridad, y libertad de todos los individuos que le obedecen.

Bajo el imperio de leyes sabias, todo prospera; y la paz fomentada por el orden, como arbol frondoso regado por una agua pura, da sombra agradable á las ciencias y las artes. La ilustración tan necesaria en los pueblos para conocer sus derechos, y lograr sus adelantamientos, progresará cada dia unidos los quejas; y ajut en la América llegase á su colmo, desterrándose para siempre la guerra, y decayendo las diferencias políticas por los falsos que pronunciase la razón y el voto de los sabios. Hasta entonces, dice un escritor sensible, no aspiraremos a llamarnos ilustrados. Ya brillará ó humeaba la sagrada antorchita de la libertad en el nuevo mundo; y las letras siguen siempre de auxiliares á esa divinidad. A la manera que al concluirse la noche, los acordes trinos de las aves nos anuncian la proximidad del día; así la creación de esta sociedad científica conducida por el Riche- lip de la América, al tanto que la magnifica obra de la biblioteca y Museo nacional, y la importante reforma del teatro, emprendido y casi ejecutado todo con una insuperada prontitud en medio de la guerra, y de la falta de recursos; son señales combinadas y bien
expresivas, de que las letras van á fijar su domicilio en nuestro territorio, y que un jénio sublime les ha preparado ya templos y sacerdotes. Todo hace creer, que no tardará en verificarse el vaticinio fundado de un autor de nuestros días, sobre que, transfiriéndose a la América el explendor de las ciencias, dejarían a la culta Europa en las tinieblas de la ignorancia, en que yacen mucho tiempo ha, no solo las naciones Asiáticas, sino el Egipto, y aun las provincias orientales de la misma Europa.

La época de la paz inmediata, parece ser designada para el complemento de esta transformación admirable. Las artes hermanas de las letras, remontarán el vuelo que han empezado á emprender; y el concurso de los más hábiles profesores del antiguo mundo llamados por las riquezas, libertad, y reposo que se disfrutarán en el nuevo, reproducirá en nuestros días el brillo con que aparecieron las artes en Roma y en la Grecia. ¡Qué perspectiva!

¡Que obras que hacer! ¡En el Perú, usurpando las voces de un ilustre sócio nuestro, cuya pérdida llorará la PATRIA y las letras, están los montes de plata, los velleros y criaderos del oro, azogue, y toda especie de metales y fosiles: la tierra feraz en frutos raros: dehesas inmensas, ríos y bosques intransitables: un océano pacífico, caletas, bahías, puertos y arsenales para hacer el comercio en todo el globo. Están... y parece que se mueven pidiendo manos, vida, fuego, y fomento de la industria: pero son repelidos por la elástica fuerza de la educación, distinción de castas, lujo, corrupción de las capitales, y enorme masa de los grandes propietarios, que hacen cada día mas pesada la carga del matrimonio, y sofocan las semillas de la población.

¿Mas cómo remover tantos obstáculos? ¿Qué mano de Hércules triunfará de tales monstruos? Solo con el orden y la unión de los ciudadanos, y con la constancia y desvelo del Supremo Gobierno que trabaja noche y día por la gloria y engrandecimiento del Perú; puede lograrse desterrar inveterados abusos, y romper las trabas que impidan nuestra felicidad. El inestimable decreto de 19 de abril de este año, que convida á los extranjeros a residir en el Estado, que les ofrece tierras, protección y auxilios de numerario, debe apreciarse como el resorte más poderoso y medio mas enérgico para conseguir la prosperidad del país. En virtud de esa solemne promesa hecha por el esclarecido y benemérito Peruano que nos rije con tanto acierto, se aumentará extraordinariamente la población; y con ella la agricultura, la industria, el comercio, y la minería, llegarán á un grado de perfección desconocido en la Europa. La libertad de las provincias sujetas en el día por las armas españolas, dejará expedita la circulación interna, y dará lugar á la formación de mil cálculos políticos y especulaciones mercantiles con las mas altas potencias, que mirarán con asombro y envidia la elevación de la tierra, que fué tanto tiempo profanada por la barbarie peninsular.

¡Orden admirable! ¡Ministro del poder y de la magnificencia del ser que habita la inmensidad! ¡Que presides y embelleces los grandes sistemas de la naturaleza y de la sociedad, que arreglas y diriges los planes interesantes de la guerra y haces disfrutar las delicias de la paz; don divino, árbitro de la existencia de las naciones, y de la suerte de los imperios: ven, habita entre los virtuosos peruanos, guía sus pasos, y vigora sus brazos vengadores, para que el temible angosto de la libertad se levante sobre los cadáveres de sus obstinados enemigos. Que la sangre de nuestros opresores sirva de holocausto á los manes de Atahualpa, y á los de tantos ilustres defensores de la América, sacrificados por el bárbaro furor de sus asesinos. Y si á pesar de nuestros esfuerzos, y nuestra constancia, el genio de la tiranía obtuviese ventajas sobre el heroísmo; si la caída de la virtud y la moral hiciese extremecer á la naturaleza, y anunciase que el Perú volvía á sufrir su antigua esclavitud: nosotros lanzaríamos sobre las bayonetas enemigas, y dejando de respetar un aire que daba vida á monstruos cuya vista nos sería intolerable...moriríamos para los tiranos; pero viviremos eternamente en la memoria de nuestros hechos, y en la admiración de la gran familia americana.

LIMA: IMPRINTA DEL ESTADO.